

Babilonia

también puede ser una
isla roja en el *Caribe*

Luis Cino

Escritor y periodista

Los policías de la Brigada Especial descienden del camión a la oscura noche habanera. Poco después interceptan al primer sospechoso de la rutinaria redada. Es un negro joven con un gorro tejido del que sobresalen sus largas y ensortijadas trenzas. Viste ropas raídas de mezclilla azul y una camiseta con el rostro de Bob Marley.

Tras mostrar su carnet de identidad, los agentes le separan las piernas, le apoyan las manos abiertas contra la pared y lo cachean. Otro policía revisa las pertenencias que llevaba en su mochila, ahora desparramadas en la acera.

Si no termina la noche en una unidad policial, seguirá su camino por la ciudad, pero esta puede ser la gota que colme su copa. Sentirá que vive atrapado en las murallas de una Babilonia hostil y racista. Babilonia también puede ser una isla roja en el Caribe que se proclama paraíso. Sólo Jah lo puede salvar.

En Cuba, un rasta reúne todos los requisitos para ser un objetivo de la suspicacia policial. Sus dreadlocks los incrimina. Los agentes se preguntan intrigados por qué esos jóvenes negros usan, pese al calor, los gorros tam, con

los colores rojo, amarillo, verde y negro de las banderas de Jamaica y Etiopía. Las autoridades los vinculan con el consumo de marihuana. Los califican de practicantes de “creencias extrañas”.

Los rastas aparecieron en Cuba a inicios de 1980, más como moda que como culto religioso. El reggae y Bob Marley estaban en su apogeo. Hoy, miles de jóvenes negros y mulatos, especialmente en La Habana y Santiago de Cuba proclaman a Jah como su único Dios y viven conforme a él.

No existe una iglesia que dé cifras sobre el número de adeptos, pero cada vez son más visibles en las calles. Se sabe poco sobre ellos. Muchos ignoran que son una secta religiosa. Los rodean prejuicios incomprensiones y la hostilidad oficial. Ellos esperan el día de la redención. Entonces Jah los sacará de Babilonia (el mundo blanco de la opresión y el racismo), y los guiará en su éxodo al África ancestral.

Para Yaser, una rasta de Mantilla de 23 años, todo lo que vaya contra el hombre negro y la naturaleza, es Babilonia. No importa que sea capitalista o comunista. Esas son cosas de blancos. Ellos lo enredan todo.

Yaser nunca se resignó a su destino. Nada le daba sentido a su existencia. No halló respuestas en los santos, el alcohol, la marihuana, los libros ni el templo pentecostal. Sus preguntas eran las de un muchacho negro y pobre, hijo de un albañil que reventó alcoholizado al pie de un andamio y de una lavandera a la que Ochún se negó a escuchar. Sólo los rastafaris le hicieron sentir el orgullo de ser negro.

Los rastas dicen ser reencarnaciones de las tribus perdidas de Israel. En su abarraigada variedad de creencias, aderezadas por conceptos religiosos africanos y un desenfadado misticismo bíblico que hace enrevesadas interpretaciones del antiguo testamento. Coinciden en el carácter divino del Ras Tafari Makonen, más conocido por el nombre cristianizado de Haile Selassie, el último emperador de Etiopía, supuesto descendiente del Rey Salomón y de la Reina de Saba.

Omar, un fornido mulato rasta de 29 años, de la Habana Vieja, tiene el León de Juda tatuado en un brazo. Sabe poco sobre Haile Selassie. Se admiró cuando le dije que encabezó la resistencia abisinia a la agresión de Mussolini. Me escuchó con incredulidad cuando me referí a sus métodos despóticos y sanguinarios de reinar. No obstante, no cuestionan su divinidad.

Paradójicamente, Cuba, donde tantos rastas reverencian a Selassie como encarnación superior de las virtudes del hombre negro, apoyó con su ejército de modo decisivo a Mengistu Haile Mariam, que lo derrocó y lo mantuvo cautivo hasta su muerte, instaurando en Etiopía un régimen no menos despótico y sanguinario que el del Negus.

Richard es un rasta de San Miguel del Padrón. En los finales de 1970, su padre combatió a los somalíes en el Ogaden como parte del contingente militar cubano. Su experiencia etíope no ha influido en Richard. Él confía en

que todo cambiará “cuando Jah nos lleve a Etiopía y vivamos como hermanos”.

Las Fiestas de Reyes son celebraciones de la gloria de Jah. Se suceden en los barrios humildes capitalinos, mayoritariamente negros, de Mantilla, Párraga y San Miguel del Padrón. A menudo, la policía las interrumpe y se apaga el reggae. Andan buscando marihuana y a sus consumidores.

Los rastas cubanos son esquivos y recelosos cuando se les pregunta sobre la marihuana, pero todos le atribuyen propiedades mágicas y medicinales.

“No es droga, porque es natural”, dice Richard. Omar me explicó que es una planta sagrada, porque la descubrieron en la tumba de Salomón: “Ayuda a relajarse y meditar, a liberar la mente”.

El alcohol y la carne de cerdo les están vedadas, pero beben en ocasiones, y aunque prefieren los vegetales, en Cuba no son rigurosos con la dieta. Algunos hacen una simbiosis entre los orichas y el culto a Jah.

Yaser está haciendo los trámites finales para irse a Suecia con Agnes, una abogada cuarentona de Stockholm. Se conocieron hace dos años en la calle Obispo. Yaser nunca pensó implicarse en el turismo sexual de las damas europeas que buscan emociones fuertes en el Caribe. Pronto, si Jah lo quiere, se adelantará a sus designios migratorios divinos y se irá del brazo de su esposa escandinava.

En cualquier latitud, Jah, que es todopoderoso, le rescatará del día del juicio final para guiarlo a Etiopía con sus hermanos. Para él, no hay nada difícil. Ni en la fría Escandinava, ni en la isla calurosa del Caribe o en cualquier otro confin de Babilonia.